

# Esa gran desconocida de la historia... la sexualidad humana

CARMENZA VELEZ\*

## Introducción

Si buscamos en la historia de lo femenino, nos encontraremos un discurso codificado por valores construídos con base en la oposición actividad-pasividad. En cada momento, en cada tiempo, lo biológico femenino ha surgido enmascarado por diferentes imágenes y donde la sexualidad ha sido lo imaginario, el sueño de un masculino, de una sola historia: la historia del falocentrismo.

Van sucediéndose aquellas imágenes de lo femenino a lo largo de toda la historia.

Si partimos de la Edad Media, nos encontraremos con la bruja que cura y se rebela contra una doctrina cristiana ahogadora, favoreciendo en su sublevación el amor y tendiendo su mano a la mujer oprimida por una Iglesia perseguidora del deseo femenino, al que considera un signo diabólico. La bruja llega por transformar ese deseo en algo mágico, maravilloso y ritual, pero durando muy poco su reinado.

---

\* Psicóloga clínica, Universidad de París, miembro titular de la Sociedad Colombiana de Sexología, psicoterapeuta feminista, autora de diversos ensayos sobre la sexualidad femenina.

De la Inquisición surgirá por antinomia la madre como un nuevo modelo, con la tiranía de un útero que empieza a enajenar su conciencia, bajo una campaña llena de falsas promesas y amenazas. La función maternal como lo resaltara Rousseau, será la más dulce ocupación de la mujer y el mejor antídoto contra los malos hábitos. Medicalización del saber y de las prácticas sociales para el desarrollo de un modelo disciplinario, donde la mujer es la primera víctima.

Con Freud emerge ya otro modelo del femenino: el de la castración, la atrofia, el del continente negro, de la anatomía como destino. El cuerpo y la sexualidad femenina, quedan confinados por el fantasma de la pasividad, de la dicotomía del orgasmo vaginal y el orgasmo clitoridiano.

El presente nos muestra ya una sexualidad femenina atrapada por la utopía racionalista del placer en términos de rendimiento, producción y consumo: el sueño de la medicalización de la sexualidad; hacer de ella un acto banal, mecánico, que no toca ni el umbral del deseo.

Cada tiempo histórico nos muestra esa zona imaginaria de la sexualidad femenina donde la mujer está en exilio. Tratar de encontrar un femenino consigo misma, es transgredir el espacio que la historia le ha asignado. ¿Corresponderá ahora correr el riesgo en la rebelión construyendo una nueva utopía que rompa en mil pedazos ese espejo donde sólo se ha mirado la monosexualidad masculina?.

### **El cuerpo inmundo**

"María ya no ama la vida contemplativa, Lea es estéril, Raquel está llena de lascivia". Umberto Eco.

Todo está al revés. La mujer personificada en la bruja había roto la ilusión de cuerpo inmundo para convertirse en la sacerdotisa de la naturaleza; el espíritu del paganismo está en ella.

Cuerpo de pecado, poseedora de todos los males, una fiera que no es firme ni constante, cuerpo inmundo que pare los hijos en medio de excrementos y orina. La voz de la Iglesia más que nunca fustiga lo femenino dándole la única posibilidad en el cuerpo humillado y sometido, en el menosprecio por el amor, el placer y el erotismo.

El cuerpo sólo alcanzaba su dignidad por la flagelación, la invalidez femenina para esta época se plasmaba en el desprecio por el cuerpo, en la vergüenza de amar y dar placer puesto que emanaba de ese cuerpo era pestilente, era el pecado mismo.

La enfermedad se vivía como el castigo de Dios, como la posibilidad única para obtener la gracia de El y el perdón de los pecados, doctrina cristiana que dejaba a la mujer sin alivio ni consuelo. Aparece ahí la bruja para reivindicar el cuerpo, oírlo y auscultarlo; para encontrar el mal que lo sumía en el dolor, para transgredir el orden de la desesperanza y la desdicha, para apropiarse del conocimiento, la magia y la naturaleza.

La bruja se adueña del bosque y de los espíritus que lo habitan; estos son diferentes, no gozan con el dolor ni el llanto, no ultrajan el cuerpo ni el placer que él prodiga. Los espíritus del bosque depositan en ella todo el conocimiento del alma humana, todo el fruto de la ciencia.

La resignación y el sufrimiento son violados por la bruja, su magia homeopática llena de plantas y venenos que hacían olvidar el dolor, abrieron paso a la medicina, al estudio del cuerpo y sus males. La Iglesia comenzaba a perder la batalla del encuentro de la gracia, de la purga del pecado por medio de la aceptación del dolor, de la descomposición del cuerpo y de la apropiación del conocimiento.

La Edad Media había pervertido el cuerpo femenino hasta darle el carácter de inmundo. La mujer era víctima de su propia condición biológica; culpable de la maldición lanzada por Dios en el paraíso, tenía que vivir su destierro "ocultándose para dar a luz, ruborizándose por amar y dar placer". (Michelet Jules, Pág. 86). No había mayor silicio que poseer ese cuerpo de mujer, verdugo implacable e innoble.

Ahí en ese momento, la bruja o comadrona se convierte en su médico, en la persona en quien puede confiar no sólo sus dolencias sino sus penas de amor. Frente a esa mujer su cuerpo ya no era inmundo, su condición biológica de paridora frente a su ojo observador y a su mano consoladora y segura, la rescataba de la muerte y del sufrimiento. La bruja no acepta el menosprecio por el amor y el cuerpo; rescata lo femenino en la imagen de la curandera, se adueña de la noche para unir los amantes, pone a danzar el cuerpo

conciliándolo con movimientos lujuriosos y espásticos, exalta sus redondeces, anima el placer, busca la aventura cuando sale la luna; ofrece a esa mujer humillada y sometida por su esposo e hijos, de vientre ajado por sus múltiples partos, el consuelo en el culto al demonio.

La bruja intenta rescatar a la mujer y con ella se establece la lucha por el encuentro del ensueño que le depara la naturaleza. Ensueño que sólo es vivido con el riesgo de la tentación, de la realidad de la carne como espacio de deseo y pasión. El mundo se divide entre el reino de Dios y el reino del diablo y con este último se cambia la fe por la idolatría, la castidad por la lujuria, la obediencia por la rebelión. La mujer agobiada por el poder del hombre y por el yugo de la pobreza ya no acepta su condición como un castigo impuesto por Dios, como un mandato del cielo; ya no espera el goce en la otra vida, lo reclama para sí en la vida terrenal.

Así lo expresa Michelet: "Durante diez siglos enteros una languidez desconocida en todas las épocas anteriores se ha apoderado de la Edad Media, hasta en los últimos tiempos, dejándola en un estado intermedio entre la vigilia y el sueño, bajo el imperio de un fenómeno desolador, intolerable, la convulsión del aburrimiento que se llama bostezo". (*Historia del Satanismo y la brujería*. Pág. 33).

La bruja rompe, transgrede cambiando la liturgia incomprensible y castigadora por el aquelarre, los rezos por la danza, la enfermedad por la curación, el cuerpo vencido y enlodado gracias a la maldición del pecado por el cuerpo lleno de lascivia, la ignorancia por el conocimiento del cuerpo y el alma femenina. Intenta violar el reino de la muerte que se ha apoderado de la Edad Media y paga caro su osadía puesto que la esperan muchos años de horror y tortura. La bruja debe morir para que la doctrina cristiana prevalezca como la verdad única, para que el reino de la hostilidad el cuerpo devore como un monstruo el erotismo, el placer, la sensualidad, el amor; para que la condición humana se pierda en el desprecio de lo femenino al utilizarla como el útero reproductor, para que pueda entrar a regir un nuevo reinado: la pedagogización de la maternidad.

### **La pedagogización de la maternidad**

"Cuando una gallina pone un huevo, no pretende ser madre por

tan poco. Poner no es nada. . . el mérito de la gallina comienza cuando empolla con conciencia, privándose de su valiosa libertad... en una palabra, merece el nombre de madre cuando cumple con sus deberes de madre". (Dr. J. Gerard, *Le livre de meres*).

La frase lanzada por Tertuliano: "Mujeres, sois la puerta de entrada del demonio", no le sirve ya a los intereses de la Iglesia y el Estado. Bruja o Virgen terminaron por concederle a la mujer el carácter de esta última, donde lo femenino se transforma en Madre-Virgen vengadora del pecado y guardiana de la moral.

La mujer sube, se para sobre el mundo aprisionando con sus pies la culebra símbolo del diablo, sosteniendo en sus brazos al hijo fruto del amor maternal. Esta nueva concepción de lo femenino centrada en la reproducción, va a hacer estallar todo un discurso delirante donde el útero va a consumir mente y cuerpo, arrasando con toda emoción, con toda pasión.

Una nueva lección debe aprender la mujer: la lección de la virtud. Toda pasión debilita, toda lectura que no la instruya para el servicio como cuerpo reproductor se convierte en peligrosa. Una nueva vigilancia se cierne sobre la mujer para exterminar su pasión neutralizando su sexualidad, convirtiendo la maternidad en un acto de fe y de gracia.

El amor se exalta en la imagen de la madre, la felicidad se proclama como un estado de sacrificio. No es el amor apasionado, no es el cuerpo que reclama los placeres de la carne, la felicidad no está en el encuentro con el deseo, por el contrario, el amor y la felicidad se conciben como el sentimiento perfecto donde el útero comienza su reinado asumiendo la imagen de la modestia, la sumisión y el sacrificio.

La mujer debe permanecer en un estado de sueño, donde sólo se le permite despertar para cumplir con su función maternal. No fue fácil convencerla, fueron muchos años de amenazas, de una educación que la llevara sin resistencia a encontrar en el deber maternal en el sacrificio por los hijos, el placer único y más reivindicador de su feminidad.

Pero ese útero no sólo se convierte en su fuente de felicidad, sino en el tirano responsable de todo mal y enfermedad, es su constante enemigo: desde una alteración emocional hasta la tuberculosis,

todo será explicado con base en el funcionamiento de sus órganos reproductores. La medicina encuentra el espacio ideal para explorar y encontrar métodos curativos llenos de violencia; el cuerpo femenino es devorado por la naciente ciencia médica en una acción sin límite. No se hace esperar una nueva inquisición enmascarada en lo científico para despojar a la mujer de toda pasión, para eliminar en ella todo vestigio de cuerpo sexuado, donde la clitoridectomía y la castración de sus órganos reproductores se convirtieron en una labor médica cotidiana, en un ejercicio simple y banal.

Se rescata a la mujer en la imagen de la madre, pero dicotomizándola: por un lado como cuerpo de afecto y por el otro como cuerpo de placer; madre o prostituta. Doble moral que se instala al interior de la familia como espacio de encierro y vigilancia, donde su condición biológica va a determinar unas nuevas características para conciliarla con la función maternal: lo femenino será lo débil, lo sumiso, la aceptación de la culpa maternal, pues será esa culpa la que estimulará su docilidad como cualidad que la preparará para ejercer con dulzura y sacrificio ese mismo papel maternal.

El destino único de que dispone la mujer es el abandono de su propio cuerpo, convirtiéndose en una intermediaria en la manipulación que de él se haga; abandona el mundo aceptando la reclusión, y su invalidez femenina tendrá la connotación única de "instinto maternal". No poder parir hijos o no quererlos parir, será el mayor pecado contra la sociedad y su naturaleza femenina.

Su labor maternal será silenciosa y de ese fruto sólo podrá apropiarse el hombre como producto de prestigio económico y social. Ay del hombre que no pueda asegurar su descendencia, ay de la mujer a la que su naturaleza "malformada" o "maltrecha" le niega esa posibilidad, ya que sufrirá la carga de la culpa y el desprecio social.

El orden de la naturaleza femenina estará basado en una moral religiosa codificada por la ley social, donde tanto médicos como educadores no se hicieron esperar para elaborar todo un mundo patológico donde prometían directamente a la mujer con relación a su papel maternal: "la madre ausente", "la incapaz", "la indigna", "la neurótica como consecuencia de no haber amamantado a su hijo", "la que no educa en la moral y fe religiosa". La amenaza es más terrible aún y recae sobre su descendencia: la locura en los

hijos, la epilepsia, la tuberculosis y un sinnúmero de enfermedades encontraron su explicación médica y social en la "mala madre".

Su cuerpo se adormece para recibir sólo el esperma que lo hará fecundo, su razón de ser estará en el cuerpo reproductor, quedando maniatado el espacio femenino a una condición biológica que lo envolverá en la pasividad. El amor pasional le será vedado y sólo el reinado lo hará el amor maternal; éste le arrebatará a la mujer su tiempo, su sexualidad y su espacio. Todo le será ajeno, no tendrá derecho a la soledad por la obligación de entregarse a la necesidad de los otros.

El espejo comienza a dibujarse, no para reflejarse ella sino para que sustente el falso reflejo de otras imágenes convirtiéndose en una extraña de sí misma; su sexo y su naturaleza serán carnada de médicos, pedagogos y religiosos. Lo femenino quedará flotando en esta época como una ilusión totalmente desdibujada y contenida por el útero como único habitante aceptado.

La fatalidad femenina será su anatomía, como lo expresará luego Freud en un discurso donde la "defectuosidad" de sus genitales marcará su destino, lo femenino será el "continente negro".

### El continente negro

"Esta tarde Julie está desconsolada. . . y si fuera la sombra la que tuviera la razón. . . ella no sería más que un marimacho". "Julie no sabe quien es ella, puesto que ella deberá ser como cualquier otra para ser amada. . . " "Ahora, ella no sabe tampoco a quien se parece. . . " "Su espejo tampoco la reconoce. . . " "Julie quisiera ser pequeñita, toda pequeñita. . . Ella quisiera esconderse en una cueva de ratón. . . debajo de la tierra, los ratones no tienen sombra. . . es cierto, debajo de la tierra siempre está oscuro, uno no tiene sombra". (Bruel Cristian y Bozellec Anne. *Histoire de Julie qui avait une ombre de garcon*. Edit. Difusión. Paris 1978. Pág. 26 y 29).

El sexo de la mujer está ausente, su cuerpo puede admitir la mirada que despierta el deseo, pero su anatomía está escondida, expulsada de la escena, es sólo una región negra, oscura, maltrecha, no tiene forma propia.

Lo femenino comienza a ser descrito como defecto, atrofia, como el reverso del sexo masculino, la anatomía será su destino dirá Freud. El estudio de la sexualidad femenina en el discurso freudiano retoma el carácter de reproducción, pero ya no involucrando a la mujer como portadora de fe en este papel sino por el contrario, es el hombre quien se erige como gestor activo en el proceso fisiológico de la reproducción, donde el óvulo será pasivo y el espermatozoide entrará monopolizando la vagina, habitándola como elemento activo que explora, busca y fecunda el óvulo como un guerrero.

Un postulado biológico por demás falso, comienza a envolver toda una teoría donde no va a existir sino un sexo: el masculino, quedando el sexo femenino enmascarado por la tragedia de no poseer pene. La niña estará espectante, algún día ella poseerá ese órgano masculino tanpreciado, tan envidiable.

Pero la ilusión se rompe el día en que esa niña se compara con el otro sexo, descubriendo que no tiene nada y esa comparación va a herir su amor propio; surge así el fantasma de la castración, fantasma que es compartido no sólo por ella sino por su madre. Así lo expresará Freud: "Una vez reconocida la universalidad de ésta característica negativa de su sexo, toda feminidad es profundamente desvalorizada y la madre igualmente con ella". (*Sobre la sexualidad*. Pág. 3.082).

La niña no sólo desvalorizará a su madre sino también a su sexo: "Yo no soy nada, yo no tengo nada en mí"; su yo se acompaña de carencia humillada vencida y decepcionada va a aceptar su fragilidad, en una palabra, se va convertir en mujer.

Freud elabora un orden simbólico organizándolo a partir de la inmortalidad del semen, de la prevalencia de lo masculino sobre lo femenino. En este orden la mujer esperará poseer simbólicamente en la maternidad el equivalente del pene; representación que se elabora desde el momento en que la niña juega a las muñecas, simulando un papel maternal cuyo significado es compensatorio, puesto que ese juego imaginario la llevará a poseer el orden de fecundidad donde la maternidad simulada comenzará a enmascarar su feminidad.

La falta de pene y la envidia del pene constituirán la esencia de la sexualidad femenina, desplazándola hacia la pasividad donde la

vagina poseerá su cuerpo como centro de recepción de la sexualidad masculina. El clítoris relegado y rechazado será sólo una asociación inmadura, el equivalente a un pene atrofiado, el fantasma viril que la acompaña como una mala jugada de su anatomía.

La amputación que sufre con Freud la sexualidad femenina está centrada en el hecho de ser lo femenino un rudimento de lo masculino, un remedo mal hecho; en poseer un sexo lleno de pluralidades donde la primacía aparece imaginariamente simbolizada por ese pene rudimentario: el clítoris, pero que a su vez lo enajena de su contenido erótico al desterrarlo de su espacio y negarle su fuerza orgásmica. Lo genital en la mujer se transforma en un campo de batalla, donde clítoris y vagina se disputan la posesión de lo femenino.

Batalla ésta que alimentará el desprecio por la mujer, al transformarse la vagina en un órgano castrado y devorador para la sexualidad masculina. "En el hombre subsiste, como residuo de la influencia ejercida por el complejo de castración, cierta medida de menosprecio por la mujer a la que considera castrada" (Freud, *Sobre la sexualidad femenina*, pág. 3.080).

Carencia, frigidez, pasividad, castración, no sólo situarán a la mujer en una inferioridad sexual, sino social. El vínculo amoroso queda pervertido al despojar a la mujer de los signos de su erotismo bajo el mito de la pasividad femenina, y donde el hombre buscará el goce a partir de la negación del goce femenino. Extraña manera de vivir la sexualidad masculina, de potencializarla bajo una falsa posesión derivada de la penetración vaginal.

Cuando se habla de términos de posesión y no posesión estamos metidos en un terreno ideológico; el cuerpo femenino va a ser el espacio en donde el guerrero ejercerá su primera y más aguerrida batalla por un lugar para hacerlo su colonia. Hace así del desec femenino un signo marginal, para que pueda reproducir los valores comprometidos por la dicotomía freudiana de: activo/pasivo, pene/vagina, penetrador/penetrada.

En Freud encontramos una moral sexual pesimista con la imposibilidad del goce, con el modelo de una mujer normal que busca en la maternidad la compensación a su castración, con la construcción de un masculino a partir de la negación de lo femenino.

Pasaron muchos años para que la relación: orgasmo vaginal/orgasmo clitoridiano fuera estudiada bajo otra mirada médica, apareciendo la sexualidad femenina como una nueva promesa, donde ya no era necesario ocultar las sensaciones sexuales de la mujer y donde el papel que se le había concedido al hombre de activo y responsable de la respuesta sexual femenina se vieran revaluados. Podríamos pensar en una ciencia liberadora del goce, pero todo queda en un acto mecanicista de medición, donde el progreso será remitido en términos de funcionamiento de los órganos genitales y en la producción de "expertos en el goce sexual".

### **La máquina orgásmica**

"Concéntrase en su fantasía favorita mientras se estimula, como haría a solas. Cuando sienta la proximidad del orgasmo, interrumpa el estímulo y muévase activamente. Esta interrupción puede contener y no liberar el orgasmo. Esto es de esperar. No se preocupe. Hágalo de nuevo. Manténgase quieta, con el pene del hombre en su interior y estimúlese hasta el punto del orgasmo. Cuando sienta su inminencia, deténgase, muévase rápido y con fuerza contra él. Quizá deba repetirlo varias veces antes que funcione. Si usted (el hombre) está demasiado excitado para contenerse prosiga hasta el orgasmo. Esta puede ser una experiencia muy exitante. ¿Qué opina de esta tarea?. (Helen S. Kaplan. *Manual ilustrado de terapia sexual*. Pág. 125).

Nueva estrategia médica: el sexo sin sexualidad. La mecánica del cuerpo puesta al servicio de la respuesta sexual. Un nuevo supuesto se le imprime al cuerpo femenino: la función orgásmica ya como trabajo, tarea, en otros términos, como producción.

Queda encerrada la mujer otra vez en su anatomía, donde sus genitales ya reconocidos deben trabajar con base en fórmulas artificiales, donde el deseo es invalidado por una ciencia médica amparada por su carácter de cientificidad. Posiciones coitales, diferentes maneras de tocar y tocarse, parada y arranque, conciencia de cada sensación de cada órgano, tecnificación de los sentidos, en una palabra: maratón orgásmica, gimnasia sexual.

Descarga, energía, consumo, términos que fácilmente podemos aplicarle a una máquina como por ejemplo: el carro; el problema sería siguiendo este orden, de ajuste de la máquina, del cambio

de tal o cual repuesto por uno más práctico, durable y económico. Es la época de la demanda sexual a la mujer como poseedora de un pozo inagotable e incontenible: el orgasmo.

Desde Kinsey, el descubrimiento de la multiplicidad orgásmica femenina desencadenó una serie de estudios, así como una campaña médica en favor del orgasmo, teniendo a Master y Johnson como figuras prominentes. Lo femenino es puesto al servicio de la ciencia, por su disponibilidad, por su capacidad multiorgásmica, por la multiplicidad de sus órganos genitales, por ser su reacción al estímulo sexual menos evidente que la reacción masculina.

La indeterminación de la respuesta orgásmica femenina, ofrecía más posibilidades para convertirla en realidad médica objetiva y registrada. La biología femenina se transformaba en una verdad: el poseer un órgano al servicio del orgasmo, el clítoris. Ya no hay atrofia, ni castración, es la máquina productora de placer, de abundancia, que fija el deseo en una representación única y repetitiva. Todo el juego mágico e indeterminado del erotismo femenino, lo sitúan bajo un modelo donde prima lo genital, donde rige una política sexual "progresista" que hace del orgasmo un deber.

Paradoja científica: se desmitifica la dicotomía clítoris/vagina, pero se crea otro mito más peligroso, el del orgasmo como fin único e inalterable de la capacidad sexual femenina. El tener sexo, y tener que gozar de él, hacen del cuerpo y la sexualidad una empresa que compite en un juego directo del que lo toma o lo deja, en un intercambio donde el sexo es el valor de uso, perfeccionado por la técnica y la economía del placer.

Este discurso médico imposibilita, puesto que es un discurso funcionalista y organisista que busca modelos y por lo tanto normaliza. En el modelo de la mujer orgásmica se está bloqueando el goce, puesto que la neutraliza al darle la primacía al cuerpo biológico como valor de consumo, al tratarlo como un órgano real que posee un erotismo tangible, medido por los cambios fisiológicos y físicos que se operan en él.

La demanda sexual en este discurso que se dice liberador es ya una trampa; "vivir el sexo", "técnicas sexuales", "el disfrute del sexo", "hacer el sexo", "me gusta el sexo", "amo el sexo" lenguaje éste que se anula así mismo, que desencanta. Siguiendo a Baudrillard, "la excitación directa es demasiado directa para ver verdad". (*De la seducción*. Pág. 46).

Aceptar que la mujer es un ser sexuado o que tiene derecho a la sexualidad, no es igual o equivalente a la liberación del deseo; porque precisamente el deseo ha sido confinado por la falta de secreto, por el miedo a la seducción. Deseo, erotismo, pasión, seducción se han marginado y toda marginalidad supone la expiación con el aislamiento. La tan llamada revolución sexual ha provocado un nuevo flagelo en el siglo XX: el flagelo de la soledad al hacer de la sexualidad una expresión banal.

¿Podrá haber entonces una respuesta para la sexualidad femenina?. Difícil encontrarla sin el riesgo de caer en un modelo. Hay que transgredir el orden, la ley y lo femenino. Si la salida ante la coerción del sistema, según Octavio Paz es el encuentro apasionado, quizás la salida para lo femenino, en el rompimiento de ese espejo que se ha construido históricamente a través de la visión falocrática, sea la utopía humanística.

### ¿La Utopía?

"Imaginemos una sociedad distinta a la nuestra y a todas las que ha conocido la historia, una sociedad en la que reinase la más absoluta libertad erótica, el mundo infernal de Sade o el paradisíaco que nos proponen los sexólogos modernos: ahí el amor sería un escándalo mayor que entre nosotros. Pasión natural, revelación del ser en la persona amada, puente entre este mundo y el otro, contemplación de la vida y de la muerte: el amor nos abre las puertas de un estado que escapa a las leyes de la razón común y de la moral corriente". (Octavio Paz. *Teatro de los signos*).

La sexualidad como técnica, una utopía eficaz de la sociedad moderna. Un modelo donde el cuerpo se convierta en un espacio inhibitorio por la misma connotación de genitalidad eficaz. Más que nunca este modelo de rendimiento racionalista ha golpeado la individualidad, con la ilusión de cuerpo radiante de sensaciones "tipo" universales, en una palabra, del deseo colectivo.

La eficacia, el máximo valor que este modelo utópico le confiere a la sexualidad femenina, está explotada por una técnica que hace el papel de organizadora del comportamiento sexual, bajo un pretendido orden donde no hay lugar para las contradicciones: cada sentido está bien alineado en una secuencia donde la genitalidad ocupa el puesto más prominente.

Así una vez definida la sexualidad en términos de rendimiento, de consumo, de productividad, de necesidades "tipo" universales, podríamos preguntar, ¿qué puesto es dejado al campo infinito e indeterminado de valores a crear, del amor, de la pasión, en fin, de la posibilidad del deseo?

No habrá ningún puesto, ya que éste le ha sido arrebatado por la técnica y los que la aplican en su papel de salvadores, de héroes de esta utopía, haciendo de la sexualidad femenina algo verdaderamente inasumible. Si se quiere destruir el espejo elaborado con base en este modelo, habría que destruirlo como utopía de sexualidad eficaz, por ser limitador y modelo que está condenado a repetirse linealmente, porque es cerrado, porque apunta hacia la economía libidinal donde el erotismo se anula por ser un gasto.

Es difícil escapar a la tentación de elaborar una nueva utopía como estrategia, una utopía humanista como primer tiempo del logro definitivo de un proceso que comporte principios que puedan ser utilizados en el transcurrir del tiempo, atemporales, para que engendren según las circunstancias, deseos y sexualidades indefinidamente diferentes. Contraponerla al modelo eficaz que nos ha enajenado el derecho al goce sexual como acto íntimo y particular de cada mujer, de cada hombre, de cualquier pareja, no importa donde ni en que momento.

Buscar nuevos principios, donde lo masculino y lo femenino cohabiten simultáneamente en cada hombre y en cada mujer. Donde no tenga cabida la representación falocéntrica, donde la relación erótica no se ordene por y a través del falo como único portador del deseo, anulando el deseo femenino en una relación invadida por el signo trágico de la monosexualidad fálica que la opera. Sin pretender tampoco que el orgasmo femenino se presente como modelo único en razón de su multiplicidad, ordenándose bajo el signo de la comparación, de la metáfora como pozo inagotable.

Siguiendo a Octavio Paz: Buscar un erotismo transgresor, creativo, que sea "un disparo de la imaginación frente al mundo exterior". (*Teatro de los signos*).

Desplazar las diferencias del masculino y el femenino por otras nuevas, más móviles, abiertas, más desintegradoras del poder. Que la cópula no sea la garantía de un sexo ni del otro, ni una prueba de amor, ni una obligación que enmascare la indiferencia amorosa.

Generar una lucha por el encuentro de un territorio propio de espacios abiertos donde podamos movernos: donde lo femenino no sea la reserva para explorar según cada tiempo histórico como la culpable de todo' de su biología, de su sexo, de ser frígida, de desear, de no desear, de buena o mala madre, de ser o no orgásmica. Volver del exilio histórico para ocupar un espacio invadiéndolo con la palabra; hablar para provocar una relación sin censuras de la mujer y su sexualidad, del amor, del encuentro sin batallas, sin héroes.

Internarnos en el corazón del mundo como se internó la bruja en el corazón del bosque, preñándose como ella de la naturaleza entera. Buscar curar con nuestra palabra femenina como ésta lo hizo con la belladona. ¿Una Utopía?

## BIBLIOGRAFIA

- MICHELET, Jules. *Historia del Satanismo y brujería*. Edit. Siglo XX, 1965.
- ROSSEAU Jean, Jacques. *Emile ou l'éducation*. Flammarion Paris 1966.
- KAPLAN S. , Helen. *Manual ilustrado de terapia sexual*. Edit. Grijalbo, México 1981.
- BRAUDILLARD, Jean. *De la seducción*. Edit. Cátedra. Madrid 1981.
- PAZ, Octavio. *Teatro de signos*. Edit. Fundamentos, Caracas 1974.
- FREUD, Segismund. *Obras completas*. Edit. Biblioteca Nueva, Madrid 1973.